

NUEVOS
DESCUBRIMIENTOS DE
ARTE
INDIGENA
MICHOCANO

Por LUIS ISLAS GARCIA





Hombre sentado.

El viajero que pasa por la carretera que una la ciudad de Méjico con Guadaluajara, bello camino que atraviesa montañas y paisajes bellísimos, a unos cuantos kilómetros de la antigua ciudad de Valladolid, capital del Estado de Michoacán, que en la actualidad se llama Morelia en homenaje a uno de los héroes de la independencia nacional, se encuentra de repente con un hermoso y grande lago, del que emergen varias pequeñas islas muy pintorescas y algunas de ellas habitadas. Ese lago es el lago de Pátzcuaro, centro de una de las grandes culturas indígenas, que encierra hoy todavía muchos misterios para los historiadores y arqueólogos.

Allí, desde el siglo XII de nuestra era, vivió un pueblo de gran refinamiento, que más tarde fué llamado por los españoles «el pueblo tarasco» y que los aztecas llamaban «los michoacques», o sea *los habitantes del lugar del pescado* o *los comedores de pescado*, de donde proviene el actual nombre del Estado: Michoacán. La antigua capital de ese pueblo tiene un nombre altamente poético, que en castellano quiere decir «lugar de colibríes» y que antiguamente se llamaba «Tizintzuntzan». Todavía existe: fué el lugar donde el célebre obispo don Vasco de Quiroga quiso fundar la cabecera de su diócesis en el siglo XVI; allí encontramos una pequeña iglesia, que construyeron bajo su dirección, y algo muy impresionante: un atrio lleno de olivos centenarios, que la tradición indica fueron plantados por las manos de tan insigne varón. Pero el sitio no le agradó finalmente, y entonces la primera sede del Obispado fué otro pueblo, junto al lago, que es un encanto de construcciones coloniales muy bien conservadas y que se llama Pátzcuaro. Y como Tizintzuntzan, como Pátzcuaro, como Janitzio—que es el pueblo de la isla más grande del lago—, todas las orillas del mismo están habitadas por descendientes de aquellos michoacanos, de aquellos tarascos cuyos orígenes decíamos calientan la cabeza de historiadores y arqueólogos.

Los artesanos de esa región, antes de la llegada de los españoles—conviene decir que el último rey de la zona, Caltzontzin, se entendió pacíficamente con los conquistadores, aunque de esto hubo de arrepentirse más tarde—, eran muy hábiles en diversas artes: desde luego, en la plumería o arte plumaria, de cuyos trabajos, como mosaicos prehispánicos o casullas novo-hispánicas, hay buenas muestras en los museos de Europa. También en orfebrería; pero de esto se conservan pocos ejemplares, ya que el oro se aprovechó como simple riqueza sin consideración para sus méritos artísticos, y en trabajos de cobre y en cerámica. Esta disposición de los indios le sirvió a don Vasco de Quiroga para unirlos con los oficios españoles con una mirada de político certerísima. Algunos de los oficios de esos indios se ha perdido; por ejemplo, el trabajo de obsidiana: en el museo michoacano, y en el nacional de Méjico, y en los museos de los Estados Unidos, se encuentran magníficas muestras de la finura y sabiduría técnica con que ellos supieron trabajar tan duro y quebradizo producto.

Muy recientemente, por cuenta del museo michoacano, se han iniciado nuevas exploraciones en la antigua capital Tizintzuntzan, donde desde hace tiempo era conocida la existencia de *yácatas*—tumbas—, y el éxito ha premiado los esfuerzos de los excavadores, porque se han encontrado nuevas piezas arqueológicas de grande interés. En nuestras reproducciones están caracterizadas algunas de las especies que se encontraron. Así hay, todas hechas en piedra, esculturas como las de hombres sentados, dos braserillos para quemar *copalli*—una especie de incienso indígena que todavía se usa en las ceremonias religiosas—; un cuadrúpedo, probablemente exvoto, y un *metate*—molino a mano para maíz y otras semillas—, que es también un animal estilizado, cuya pequeña cabecita se puede ver claramente.

En las figuras humanas, es notable la fuerza con que están construídas, el conocimiento anatómico, la simplificación estilística y algo que es verdaderamente extraño: la supervivencia, en algunos ojos, de las más primitivas técnicas de pastillaje, aplicadas a una figura que, por su misma realización, ya está fuera de esa época primitiva. Hay muchas explicaciones a este respecto, entre otras, la de la estratificación cultural de ciertas formas, caso típico de la cultura michoacana.

En cuanto a los que hemos llamado «braserillos», obviamente son de épocas distintas, aunque correspondan a la misma cultura; uno, más primitivo, con un pastillaje más acentuado, interpretando ambos el espíritu religioso de esos pueblos, armoniosas y dinámicas las realizaciones, con un completo dominio del material empleado: la piedra más dura.

Ejemplar sobresaliente es el *metate*. La organización de su forma le da dimensiones plásticas monumentales, como de *teocalli*. Las masas rectangulares que constituyen este bello ejemplar están dispuestas para conseguir un efecto plástico que no merma la eficacia que llamaríamos funcional del molino. El recuerdo o la voluntad de escultura zoomorfa ha sido superior a ese encuadramiento geométrico que se acusa hasta en el decorado de greca y aparece en la pequeña cabecita—¿de cacomixtle, de zorrillo?—que ocupa una de las caras de la pieza arqueológica, y que le da a todo el conjunto, por una aplicación, un valor sonriente, humorístico, que se combina extrañamente con el grandioso que se le ha dado a una pieza de uso tan común como es el primitivo molino a mano.

Esta y otras muchas piezas son las que encontró la reciente Comisión del Museo Michoacano cerca de Tizintzuntzan. Las viejas tierras dejaron en libertad parte de sus misterios, pero todavía falta mucho para que se pueda decir que se han aclarado las lagunas de la por ahora todavía misteriosa cultura michoacana, la cultura de *los comedores de pescado*, de ese mismo pescado que hemos comido con ellos, escuchando su dulce idioma indígena, en el pueblo lacustre del hermoso Janitzio.



Hombre sentado.



Braserillo.



Braserillo.



Cuadrúpedo.



«Metate.»